

JAQUE MAQUI

Creo que Esteban sabrá conservar las piezas que desde hace tres meses me han permitido conservar la cordura en este agujero de locura y desolación. Las hice con piedras del patio durante la segunda y tercera semana de mi encarcelamiento. Al no encontrar ningún material absolutamente negro o blanco que me permitiera confeccionar las piezas de cada tipo, tuve que adaptarme y diferenciar 16 menos oscuras y 16 más oscuras. A pesar de que las llamo piezas, más bien son trozos de piedras mínimamente diferenciables, nunca se me dieron bien las artes plásticas. Pero, ¿qué importa? cumplen su función, permitiendo a uno evadirse durante el transcurso de la partida, de las penurias de la cárcel franquista. No obstante, le tengo especial cariño a uno de los caballos negros, lo encontré casi hecho, tan solo tuve que pulir su base ya que se vislumbraba en él la cabeza del animal: una parte gruesa (el ancho cuello), un sobresaliente de la pequeña piedra en uno de sus lados (el hocico alargado) y un leve montante en la parte superior (el pelo amontonado).

En este momento oigo roncar a Román, enfrente de mí, estamos solos en la celda a la que recientemente nos han trasladado. Los demás se fueron según les llamaron, para no volver. Como a ellos, a lo mucho nos quedan semanas o incluso días de vida. Yo, no obstante, no consigo conciliar el sueño desde el sábado tras nuestra condena a muerte en el procedimiento militar de ese mismo día: la causa general dictada por el Tribunal para la Represión de la Masonería y el Comunismo. Aunque ya no sé si es ese miedo el que me impide dormir, o el frío del invierno madrileño de 1948, que se mete en los huesos, sumado a las insoportables chinches de esta Cárcel de Torrijos. De cualquier manera, tengo que intentar mantener la mente lúcida, para no brindar a los carceleros el placer de oírme divagar al igual que les pasó a tantos camaradas, que, al grito de “¡Viva la República!” únicamente consiguieron palizas inhumanas.

Esteban sabrá guardarlas, sí. Mañana le haré llegar el mensaje, la única herencia que me queda: treinta y dos piezas de ajedrez que nos han amenizado, tras la gran emboscada, estos dos meses de internamiento.

Desde la primera vez que lo vi en 1939, siempre lo traté como a un hermano, quizá porque hace años que no veo a mis propios hermanos. Sea como fuere, Esteban ha resultado tener una mente brillante en este juego que para mí representa la vida. Su pieza favorita es el peón. Dice que le recuerda lo que somos, y quizás tenga razón.

- Pero por algo decidimos no luchar por más reyes, Esteban -le suelo responder.

Cuando jugamos el tiempo aquí pasa volando. No hay hambre, no hay frío, no hay dolor. Solo una batalla más, pero no como las tantas que ha librado mi generación: dos reyes, dos reinas, y sus alfiles; los caballos trotando en nuestro improvisado tablero y en mi imaginación en las praderas de Asturias; las torres, que siempre nos recuerdan a la gran muralla de Toledo; y en frente no hay enemigo, solo un hermano.

El viernes fue nuestra última partida, y mi falta de concentración provocó una derrota humillante. Quizás fuera la desnutrición, la falta de sueño, o el cansancio lo que ayudó a Estaban a ganar la partida, o simplemente es que Estaban ha superado al maestro. El caso es que fue su primera victoria, y aunque siempre duele perder, su emoción y devoción por este juego fue para mí la más dulce victoria.

- Adolfo, hay que sacarte de aquí cuanto antes, estás perdiendo facultades.
- No me hagas recordarte todas las partidas que te he ganado en los 7 años de guerrilla, Esteban. Mira, si jugamos tres partidas al día, incluso cuatro muchos días, por 365...
- Ya empiezas con tus historietas de ajedrez. A mí también me hubiera gustado verte en tus años de competición, Adolfo, pero lo que cuenta es el presente. Y te doy un consejo para la próxima vez que te atrevas a subir con la torre a séptima: no des un paso sin pensar en el siguiente. Es una frase de Bécquer.
- Ni eso lo dijo Bécquer, ni tú estás en condiciones de darme consejos.

Al fin y al cabo, es la única distracción posible que nos permite no caer en depresiones, en este innumerable ciclo de tortura física y psicológica. Fue realmente un milagro encontrar esa tiza que nos permitió pintar el tablero en el suelo de nuestra anterior celda, sucia y abarrotada. No obstante, esta noche la debilidad se cierne sobre mi mente. El miedo ante la inmensidad de la muerte nunca cesa, aunque en estos últimos años de mi desgraciada vida haya tenido tantas veces que enfrentarla: dos guerras, una posguerra y una guerra de guerrillas.

Y es que, la batalla que nos enfrentó a todos aún continúa, nos guste o no, la historia de España está condenada a repetirse: los dos bandos, la izquierda y la derecha, los rojos y los azules, republicanos y golpistas, progresistas y conservadores. ¿Quién dibujó este destino de nuestro pueblo? De todas formas nunca conseguirán matarnos a todos, nuestros hijos y nuestros nietos llevarán el recuerdo y la brecha de la gran guerra fratricida que dividió una vez más a esta patria rota.

Sin embargo, estos pensamientos no son suficientes para evadirse de la muerte irrevocable que me acecha. Ahora, helado en esta celda, solo me queda la desolación. La solución para ella está en mis manos: 20 octavillas y un lápiz que he conseguido tras meses de intercambiar cigarrillos. La mejor decisión de mi vida fue no iniciarme en el vicio del tabaco, condicionado en gran medida por la enfermedad de mi madre. Sin duda es lo más preciado de la cárcel, tras comida y agua. Es lo único que, en definitiva, calma las tripas vacías de los hombres, ya que el hambre aquí es insoportable. No obstante, los dos cigarrillos que he intentado fumar no me han provocado más que tremendas náuseas.

De manera que mi pequeño tesoro en forma de papel y mina, y la luz de la luna llena que se cuele por la pequeña ventanilla, permitirán vaciar mi mente para inaugurar mi "Relato de condenado a muerte".

Pero, ¿desde dónde empiezo? Desde el principio, claro está.

RELATO DE CONDENADO A MUERTE

Mi nombre es Adolfo Martín Cadarso. Debí nacer un caluroso día del verano de 1919, el 22 de agosto para ser exactos, en un pequeño pueblo asturiano llamado Cangas del Narcea. Un año después de que mi padre, toledano, aprobara las oposiciones de maestro nacional siendo enviado al norte, y se casara con mi madre, madrileña. Ambos de familia humilde, se conocieron en la capital cuando mi padre decidió estudiar la carrera de magisterio, mientras trabajaba para pagarse sus estudios como mozo en la pequeña tienda de comestibles de mi familia materna. Amor a primera vista solían decir. Mi padre, a parte de un gran profesor, era un muy buen jugador de cartas. Siempre lo hacía con su cuñado, mi tío Lucas, aunque lo de él era el ajedrez; fue mi tío quien enseñó a jugar a mi padre.

Ambos eran afiliados al partido socialista, algo poco común y no muy bien visto en el barrio.

El caso es que fui el primero de tres hermanos, todos varones. Mis primeros años en Asturias fueron felices, siempre me contaron que era un niño risueño y extrovertido. No obstante, según fui creciendo me convertí en una persona tímida y reflexiva, pero sobre todo, brillante. Mi madre me enseñó a leer y escribir, asombrada de que con cuatro años ya devorara las novelas de Unamuno.

Uno de mis primeros recuerdos, como no podría ser de otra forma, ya estuvo conectado con el ajedrez. Tendría 6 años, el día en el que nació mi segundo hermano. En la cocina de nuestra antigua casa, estaba con mi padre, que, muy nervioso le habían aconsejado abandonar la habitación de matrimonio para dejar al médico y a la matrona que actuaran, el parto se había complicado. Él me mostró el tablero que mes y medio antes había conseguido en una partida de cartas. A mí esa división entre casillas negras y blancas me hipnotizaba. Ese día aprendí los movimientos básicos, enseñados por mi padre, ya nunca se me olvidarían. Él, por su parte, asombrado por mi potencial logró distraerse mientras mi madre daba a luz. Todo salió bien, y al final nació Juan. Llamaron a mi padre a verlos a él y a mi madre, que descansaba exhausta en la cama. Yo me quedé toda la noche despierto mirando ese tablero y memorizando los movimientos, pienso que con el afán de contentar a mi padre haciéndole ver que los había aprendido.

Sin embargo, ésta feliz infancia se truncó tres semanas después, cuando una madrugada vinieron a avisar a mi casa: mi padre había muerto en circunstancias poco claras, durante una timba de cartas. Lo acusaron de tramposo, y la defensa de su honor le hizo recibir una bala por la espalda, después de una intensa pelea. Nunca se delató al culpable. La desgracia se apoderó de la familia. Tan solo dos semanas después estábamos viajando a Madrid, mi madre no tenía familia en Asturias y ya no pintábamos nada en ese bellísimo entorno. Recuerdo que lo único que llevé bajo mi brazo durante el viaje, como si de un tesoro se tratase, fue ese tablero y esas piezas que representarían el último recuerdo de mi amado padre.

Mi vida cambió de forma radical, con seis años tuve que ayudar a mi madre para colaborar y ganar dinero para las arcas de mi congestionada familia materna, en la ya no tan pequeña tienda de comestibles de mis abuelos. Empecé de repartidor en el barrio madrileño de Usera, aunque según me hacía mayor abarqué los barrios colindantes. Desde pequeño, por tanto, aprendí a moverme por las calles de Madrid, pero siempre con el vivo recuerdo del paisaje asturiano.

Convivíamos en una humilde casa de tres pisos encima de la tienda, en el pequeño ático dormíamos mi madre con mis dos hermanos y yo. Nunca me faltó el cariño de mis tíos, primos y abuelos. Pero fue mi tío Lucas, el que de verdad me cautivó desde el primer momento.

Llegó a ser un gran amigo de mi padre, y por las noches, después de nuestra partida, siempre me contaba anécdotas de su juventud mientras me quedaba dormido, soñando con torres y caballos. Nunca olvidaré la primera partida que le gané, o que se dejó ganar, ya que le hice un jaque pastor que a él tanto le gustaba. Aunque mi madre no veía con buenos ojos que empleara tantas horas en el dichoso tablero, mi tío siempre se salía con la suya para jugar una partida más.

A medida que pasaban los años, mi tremenda habilidad mental empezó a crecer exponencialmente, y mi tío era consciente. Me buscaba rivales que supieran jugar bien cerca del barrio, como nuestro vecino Alfredo, y algún parroquiano de la iglesia de San Roque, que estaba en frente de casa. A todo el mundo le llamaba la atención ese niño al que llamaban prodigio, pero yo evitaba las miradas siempre que podía, me desconcentraban en los movimientos. También, lo que fue mi mayor pasión desde que tengo conciencia me causó algunos problemas en el colegio, no tanto con mis compañeros sino con los profesores, que veían con recelo mis capacidades.

Por su parte, la España progresista se empezaba a revolver una vez más, algo se estaba cocinando, tras la tediosa dictadura de Miguel Primo de Rivera. Se preparaba el Pacto de San Sebastián, la Segunda República llamaba a la puerta. Siempre recordaré el 14 de abril de 1931, tenía 12 años, y estaba en la tienda, detrás de la barra mientras mi abuelo ordenaba las estanterías; en ese momento un vecino, amigo de la familia entró a abrazar a mi abuelo. Nos trajo la gran noticia que sacó a España de unos días de verdadera incertidumbre ¡Habíamos echado a los borbones! El barrio y todo Madrid se llenaron de júbilo, la gente salía de sus casas al grito de ¡Viva la República! El pueblo se había vuelto a adueñar de la patria que siempre le perteneció.

Ese mismo año, mi evolución en el ajedrez dio un gran salto. Mi tío, el principal maestro que tuve, era derrotado con facilidad: “Ya no puedo enseñarte nada más”, me dijo.

Decidió que era hora de mirar más allá, y empezamos en el torneo de Barcelona de septiembre de 1931, en el que participaban jugadores de todo el mundo. Perdí en la fase eliminatoria contra el ruso Krukov, y a pesar de mi rebote, conocí grandes jugadores, todos interesados en hablar con el que a partir de ese día sería conocido como la gran promesa del ajedrez español. Volví a coincidir con muchos de ellos en los siguientes torneos de Salamanca, Zamora y Granada en los meses posteriores.

Pero fue en el de Madrid, en octubre del 1933 ya con 14 años, tras haber ganado varios torneos a nivel regional y nacional, cuando me alcé por fin con la victoria en un torneo destacado. Mi tío decidió entonces viajar a Francia en busca de patrocinadores y nuevos rivales que estuvieran a mi altura.

Si algo puedo agradecerle es que nunca descuidara mi educación, y desde bien pequeño me inculcara los valores que para él eran los más importantes en la vida: justicia y libertad. Conocí a Marx, Proudhon y otros autores.

Ya que a principios de ese mismo año, en enero de 1933, España volvió a mostrar su fuerte división ideológica que, sin saberlo, estaba a pocos años de explotar en la más terrible guerra civil. En este caso fueron los sucesos de Casas Viejas: la guardia civil, había sido responsable de una matanza en esta pequeña población andaluza. Ello desgastó en gran medida al gobierno republicano-socialista de Manuel Azaña.

Llegamos a París el 12 de Julio de 1933, un día antes del comienzo de Torneo de Ajedrez Internacional de París. Mi tío y yo nos alojamos en un pequeño hostel a las afueras de la ciudad, no compartimos hotel con los otros jugadores. Recuerdo bien aquella noche. Me dolía mucho la tripa y no quería comer. Sentía una presión muy grande, mi familia había invertido mucho dinero y no podía fallar. Quería demostrarles a mi tío y a mi madre que podía llegar a ser uno de los mejores jugadores del mundo, y que no tendrían que preocuparse más por el dinero.

De esta manera empecé a jugar con mi tío como solíamos hacerlo antes de los torneos, el ajedrez a la ciega, para intentar relajarme:

- e4 -movió mi tío, con piezas blancas.
- e5 -respondí.
- Caballo c3.
- Caballo f6 -ya empezaba a divagar, mi cabeza saltaba de pieza en pieza sin encontrar la adecuada.
- Caballo por e5, Adolfo.
- Caballo por e4.
- Reina e2.
- Tío, no tengo la cabeza donde tiene que estar. Pero no creas que voy a caer en un mate tan tonto.
- Lo importante es que tengas el corazón donde tiene que estar hijo. En la izquierda. Sigue jugando, anda.

Al dejarlo, me dio un vaso de vino y nos fuimos a dormir. Esa noche soñé con mi padre.

Las primeras partidas fueron fáciles y me sirvieron para ganar confianza en mí mismo. Había estado estudiando una nueva defensa con negras y parecía infalible, la defensa siciliana, pero en la cuarta partida, mi contrincante jugó la apertura inglesa y no pude seguir el plan. Tras cuatro horas de partida, se aplazó hasta el día siguiente. Por la noche, mi tío y yo analizamos la posición del último movimiento; la partida estaba en mate en 5. Por la mañana conseguí finiquitar la partida y me preparé para las siguientes rondas. Fue en este punto cuando la fuerza ajedrecística soviética me abrumó. Tres de los cuatro semifinalistas eran rusos (entre ellos estaba Krukov) y la cara de todos ellos reflejaba una tranquilidad que asustaba. Superé mis miedos y desplegué todo mi potencial. Me acabé imponiendo en la final, en la que hice un sacrificio de reina y mi rival tuvo que abandonar tras los siguientes movimientos.

Un crío de tan solo quince años había derrotado a los mejores jugadores de ajedrez del momento, fue uno de los momentos más felices de mi vida, y desgraciadamente no quedarían muchos.

Al volver a Madrid, mi tío y yo nos encontramos con el negocio familiar en declive. Y tuve que ponerme a trabajar para sacar a la familia adelante. Con lo que ganaba en los torneos no era suficiente, y “ahora no es momento de viajar” decía mi madre. Jugaba contra mí mismo y contra mis hermanos para no perder la agilidad mental, pero no era feliz. Quería jugar por todo el mundo y seguir aprendiendo, aún tenía mucho que dar al ajedrez, y el ajedrez tenía mucho que enseñarme a mí.

Fue una fría mañana de enero de 1935, un año y medio después de mi victoria en París, cuando mi vida volvería a dar un cambio radical. Mi tío entró a la tienda y me llamó a gritos: había llegado una carta para Adolfo desde la URSS.

Apreciado Adolfo:

Tengo el orgullo de ofrecerle una plaza en la Escuela Soviética de Ajedrez, ubicada en Leningrado. Nuestro objetivo es que un talento incipiente como el suyo, se forme bajo la influencia soviética dominante a nivel mundial, junto con nuestros más importantes jugadores. Por supuesto, tendrá estancia y gastos pagados a cargo del Gobierno Soviético.

Esperamos su confirmación.

Mi excitación fue indescriptible, fue la primera vez que vi a mi tío tan emocionado, a punto del llanto. Sabía, por un lado que estos últimos meses estaba sufriendo al no dedicar tiempo al ajedrez, y por otro, la oportunidad que suponía. Efectivamente, me habían invitado a pertenecer al selecto grupo de ajedrecistas de influencia soviética, la mejor escuela de ajedrez de todos los tiempos. Fue una noticia difícil de asimilar para mi familia, pero todos me apoyaron.

Sin embargo, el viaje a la Unión Soviética se retrasó más de lo esperado. Mi madre cayó gravemente enferma, lo que parecía un catarro empezó a empeorar con el paso de los días. No mejoró hasta bien entrada la primavera. Fue entonces cuando preparé las cosas para el viaje. En un principio, mi tío iba a venir conmigo, pero la situación de mi madre nos preocupaba y decidió quedarse. Por una parte me tranquilizaba, no obstante, me daba miedo ir solo a un país tan grande.

Cogí el tren desde Madrid hasta París. Dos semanas más tarde, una antes de cumplir los 16 años, llegaba a la Unión Soviética. Mi estancia allí fue realmente estimulante en todos los sentidos. El mundo soviético que se dibujaba desde el resto de Europa era engañoso. El gran país comunista que había motivado a la clase obrera de todo el mundo, no se me presentaba tan maravilloso como hubiera imaginado. Era visible la pobreza en las calles, y muchas veces la represión era dura. No obstante, también era emocionante ver cómo a principios de los años 30, la generación que había llevado a cabo la revolución se hallaba en una situación social muy distinta a la de los años zaristas. A pesar de ello, las políticas estalinistas eran de dudosa legitimidad revolucionaria, y comenzaban a mostrar síntomas totalitarios y opresores. Fue en ese momento cuando, a pesar de luchar siempre por la clase oprimida, renuncié a los ideales comunistas, decisión que marcaría mi vida más adelante.

Mi desencanto, en cuanto a la realidad social soviética chocó de pleno con el mundo del ajedrez que me rodeaba. Mi evolución mejoraba cada día. Estudiaba horas y horas, entrenaba con los mejores jugadores e hice grandes amistades. Krukov estaba allí. Gracias a él conocí a algunos altos cargos del gobierno comunista, me empapé del socialismo pero también de su propaganda. No todo era bueno en la escuela. Había un elitismo al que no estaba acostumbrado, demasiada competitividad y mucha presión política. En las calles vi hambre, pero en la Escuela había siempre abundancia; incluso se tiraba mucha comida. Las contradicciones no me hacen sentir cómodo, y mi sinceridad me hizo pasar alguna mala jugada. A pesar de esto fui muy feliz allí, siempre recordaré a la Unión Soviética con cariño.

De vez en cuando intercambiaba cartas con mi familia. Todo iba bien allí, o eso me decían. La última carta que recibí de mi tío llegó casi un año después de mi llegada a la URSS, mientras preparaba el torneo de verano, que se celebraría en Moscú. Estaba muy ilusionado y toda la Escuela me veía como favorito. Sin embargo, mi madre se moría.

Avisé a un par de mis amigos de mi marcha, y no tardé ni dos horas en salir hacia la estación.

En ese momento, no fui consciente de que el ajedrez pasaría, muy a mi pesar, a un segundo plano en mi vida. No sólo por la muerte de mi madre, a causa, de los problemas respiratorios

provocado por los malditos cigarrillos que empezó a fumar cuando murió mi padre; sino por el destino que España nos tendría preparado.

Cuando llegué a Madrid mi sorpresa fue mayúscula, el taxista que me llevó al hospital en el que estaba a mi madre me preguntó:

- Se parece usted al chaval tan famosos que se había ido con los comunistas a jugar a las damas.
- Supongo que sí -respondí sorprendido.

Mi tío me diría luego que habían hecho varios reportajes en el periódico sobre mí, lo cual no me hizo especial ilusión.

Mi madre falleció el 1 de julio de 1936. Destrozado, pensé incluso en dejar el ajedrez; había perdido el último año de vida de mi madre por el precio de mi formación. Mi tío tardó poco en quitarme esa idea de la cabeza. Sólo me quedaba un año más para poder competir por el título de ajedrez mundial. A pesar de eso, decidí pasar el verano en España antes de volver a la Unión Soviética.

Apenas dos semanas después de la muerte de mi madre, mis hermanos y yo decidimos viajar a Asturias, al pueblo de nuestra infancia, allí encontramos alojamiento en casa del maestro del pueblo, gran amigo de nuestro padre.

Lo que, en ese momento, nos depararía el futuro está escrito en los libros de historia.

El golpe de estado que dio comienzo a la Guerra Civil Española, se produjo entre el 17 y 18 de julio de 1936, nos sorprendió recién llegados a Cangas del Narcea. Aguantamos en Asturias hasta octubre del 37. Aunque yo era solo un chaval de 18 años, tenía que ser el protector de mis hermanos. En ese mismo mes, las tropas franquistas arrasaron nuestro pequeño pueblo llevándose consigo, ejecutado, a nuestro viejo amigo maestro.

Huimos hacia Madrid para reunirnos con mi tío, pero al llegar milagrosamente allí, ya era tarde. Encontramos decenas de personas alrededor de nuestro pequeño negocio familiar. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. La noticia nos la dio un amigo socialista y sindicalista de nuestro tío: tanto él como nuestros abuelos habían caído muertos en una trifulca vecinal.

El paso del tiempo durante una guerra es muy relativo. Días de hambre parecen meses, noches de ofensivas parecen minutos. Perdimos al mediano de los hermanos por enfermedad, en el invierno de 1938. El pequeño Juan, de doce años y yo vivíamos casi en la indigencia, comiendo lo poco que podíamos conseguir. Pero a pesar de todo lo ocurrido, supimos sobrevivir.

Conocimos a mucha gente en la defensa de Madrid, muchos de ellos, amigos de mi tío. A partir de ese momento decidí que dedicaría mi vida a luchar por la República y dejar un país justo y democrático a mi hermano, la única familia que me quedaba.

Sin embargo, las tropas franquistas avanzaban y nuestros recursos escaseaban. Las tensiones entre socialistas, comunistas y anarquistas no hacían más que empeorar las cosas. Mi aceptable formación armamentística obtenida en la retaguardia, me permitió una cierta seguridad e independencia. No era tan bueno como en el tablero pero no se me daba mal. Eso, sumado a mi fama como comunista por mi estancia en la URSS, que empezó a propagarse inimaginablemente (temía por la vida de mi hermano y la mía), me hicieron tomar una drástica decisión: la vuelta a Francia, esta vez no como ajedrecista, sino como refugiado.

Era enero de 1939, dos meses antes de la claudicación de Madrid, cuando un grupo de españoles, entre ellos mi hermano y yo, partimos al país vecino. Derrotados física y

mentalmente, nos esperaba un largo y frío viaje. Llegamos a Valencia y cogimos un barco hacia Marsella. Desde ahí nos llevaron a una localidad del sur de Francia: Argelès-sur-mer, donde nos ubicaron en un campo de refugiados, como a tantos otros españoles. Las condiciones en esos campos eran lamentables, nunca antes había visto una aglomeración tan grande de gente. El gobierno francés se abrumó ante tal cantidad de refugiados españoles. Pasábamos hambre y frío, tales condiciones, no ayudaron a la situación psicológica de nuestros compatriotas, que venían de combatir y huir de una guerra.

No obstante, fue en el campo de refugiados, donde conocí a Esteban. Se nos acercó a mi hermano y a mí pidiendo algo de agua y comida. Compartimos con él el único pedazo de pan que nos quedaba y empezamos a hablar. Descubrí que tenía muchas cosas en común con él aparte de nuestro pasado de guerra. Adoraba leer y escribir, era inteligente y tenía gran sentido del humor. No sabía jugar al ajedrez, por desgracia, pero se mostró entusiasmado cuando le conté mis andanzas en la Unión Soviética, aunque no se consideraba comunista. Como he dicho, teníamos cosas en común. Aprendió rápido, y tan pronto conseguimos un tablero y unas viejas piezas que nos regaló una anciana en el campo, empezamos a jugar. Él ya llevaba un par de meses cuando mi hermano y yo llegamos, y me presentó a sus conocidos. Entre ellos estaban muchas de las personas con las que más tarde compartiría sangre, sudor y lágrimas.

El final de la guerra civil supuso el inicio de la II Guerra Mundial. En el campo de refugiados de Argelès-sur-Mer ya llevaban varios meses organizándose asambleas y grupos de jóvenes antifascistas. Esteban y yo formábamos parte de las Juventudes Socialistas Unificadas. Estas reuniones que tuvimos con el PCE culminaron en octubre de 1940, formando uno de los embriones de la Resistencia francesa. Es aquí donde empieza mi historia como guerrillero.

La primera operación fue escapar del campo de refugiados. Fuimos cientos o incluso miles los que aprovechamos el traslado que hizo el gobierno francés (la Francia de Vichy) del campo a las fábricas para huir a los montes más cercanos. Desde allí nos reorganizamos en pequeños grupos de jóvenes, casi todos españoles, y empezamos a caminar hacia las montañas. La experiencia militar que muchos adquirimos mientras luchábamos en la Guerra Civil nos brindaba la oportunidad de crear un grupo guerrillero fuerte.

No quiero entorpecer el curso de esta historia con largas descripciones belicosas. Solo me gustaría expresar que, tras esos duros cuatro años, a pesar de expulsar finalmente a los nazis, perdí muchos amigos, y siempre los llevaré en el recuerdo. Fue en Francia donde maté a sangre fría por primera vez. También sería la última. Los españoles hicimos un gran esfuerzo por la liberación de la Francia ocupada, liberando París, e incluso llegando a las puertas de Alemania.

Por otro lado, también fue en Francia donde conocí a la única mujer que he amado. Se llamaba Jolie. La vi por primera vez en el verano de 1943, durante una emboscada en Lyon. Ella era nuestro enlace dentro de la gobernación. La operación fue un éxito, pero aunque hubiéramos fracasado, yo ya estaba enamorado. Se unió a nuestra guerrilla, y nos contó que en las ciudades éramos toda una leyenda: nos llamaban los maquis, guerrilleros del monte.

Fue en esas condiciones, en un grupo guerrillero de la Resistencia Francesa, cuando conocí el amor recíproco entre dos personas que el destino ha unido. Conservo esos años compartidos con Julie, con el más preciado cariño y devoción, su recuerdo es lo más valioso que tengo en mi memoria.

Durante mi último año en Francia, y con la guerra muy a nuestro favor, empecé como tantos otros, a sentir esperanza. Tenía a mi hermano conmigo, amaba a una mujer increíble y tenía buenos amigos con los que jugar al ajedrez de vez en cuando, especialmente con Esteban. Me gustaba recordar mi joven época de jugador. Sin embargo, toda mi esperanza se enfocaba en un solo objetivo, uno que muchos españoles exiliados en Francia teníamos en común: queríamos devolverle la libertad a nuestro pueblo, a nuestras familias e hijos; queríamos exterminar el último régimen fascista que pronto quedaría en Europa. Queríamos volver a España, y lo íbamos a hacer.

Jolie era consciente de mis sentimientos y no pensaba retenerme. Ella, sin embargo, decidió quedarse con su familia una vez terminada la ocupación nazi. Yo le prometí volver, y la verdad, tenía pensado cumplirlo. Espero que si no es así, encuentre la felicidad en mi recuerdo como yo lo hago en el suyo.

Mi hermano, por su parte, dejó su vida como guerrillero, que nunca debió de haber tomado, para iniciar una nueva en París, al igual que muchos otros españoles. A día de hoy aún respeto su decisión, y muchas veces me pregunto qué hubiera pasado si también yo le hubiera hecho caso. Si un día lees esto, hermano, a pesar de todo no me arrepiento. Ojalá te vaya bien.

En el transcurso de los cuatro años que estuvimos como guerrilleros en Francia, el Régimen Franquista ya había asentado su poder político, a las leyes impuestas durante la guerra, como la Ley de Responsabilidades Políticas; se le sumó otras como la Ley para la Represión de la Masonería y el Comunismo. España se hallaba sumida en un estado policial, cuyo cuerpo específico de represión estaba representado en la Brigada Político Social. La Iglesia, por su parte, representaba el mayor apoyo de Franco, y controlaba la educación.

En 1944, por tanto, nuestra misión en Francia había concluido de forma victoriosa, ahora gran parte de los hombres de la guerrilla española, mirábamos hacia nuestra patria, estudiando nuestro principal y más ambicioso objetivo: la Operación Reconquista de España.

La II Guerra Mundial estaba a punto de terminar, el bando aliado presionaba a una Alemania totalmente derrotada. En ese momento nuestra intención era invadir un territorio, por pequeño que fuera, controlado por el Régimen Franquista y pedir la ayuda de los propios aliados, a los que habíamos socorrido en la Resistencia Francesa; que por otro lado, repudiaban a una España que hasta ese momento había simpatizado con las potencias fascistas, y que se quedaría aislada tras la contienda. Con su ayuda, la expulsión de Franco era posible.

De esta manera confeccionamos nuestro plan de ataque: la Invasión del Valle de Arán.

Esteban y yo nos encontrábamos en una de las últimas ofensivas, cuyo objetivo era reforzar a las primeras una vez hubieran invadido y controlasen el pequeño territorio del Valle de Arán. No obstante, hubo una filtración y el gobierno de Franco tuvo tiempo de desprender un gran contingente que hizo que nos replegáramos, la invasión había fracasado.

Los años posteriores a la fallida Invasión del Valle de Arán se desarrollaron, con la intención de ocupar los montes de toda la península, lugar donde el gobierno franquista tenía dificultades para luchar contra la guerrilla. Nuestro reducido grupo se asentaba en ciertos territorios clave en torno a la Serranía de Cuenca, perteneciendo a la Agrupación de Guerrilla de Levante y Aragón. No obstante, éramos conscientes que la difusión de la guerrilla abarcaba a todo el país. El grupo fue en aumento mientras avanzaban los meses, según cruzaban la frontera los hombres provenientes de la Resistencia Francesa. Aunque, por supuesto, nos encontramos con los camaradas que llevaban en el monte desde 1939, presentando resistencia a Franco desde el momento que acabó la Guerra Civil.

La España que nos encontramos distaba mucho de los años de guerra. El enemigo ahora era el hambre. La gran mayoría de la población estaba sumida en una absoluta pobreza, muchos hombres murieron en la guerra y con ellos la única vía de subsistencia de miles de familias. Las Cartillas de Racionamiento no eran suficientes para familias enteras, que a pesar de sus escasos ingresos y de la alarmante situación en la que se encontraban, seguían empeñadas en sobrevivir. La prostitución fue una de las salidas que tomaron muchas viudas y huérfanas de guerra.

Pero lo que quitaba el sueño por las noches no sólo era el hambre o la pena, también era el miedo. Cualquier persona en todo el país era susceptible de sufrir la represión de los cuerpos policiales que campaban a sus anchas en cada esquina. Muchos escondían libros en las chimeneas o fotos con familiares republicanos fallecidos en guerra, a merced de chivatazos de algún vecino rencoroso. Una mala mirada a ese guardia de la Brigada podía llevarte al calabozo. Cualquier motivo era bueno para reventarte la cara. O un brazo. O el ojo. Que queden en este escrito todos los testimonios de camaradas que han sido y están siendo brutalmente torturados por la Falange Española, pionera del sufrimiento.

Principalmente, se perseguía el pensamiento. Cualquier política o acción con un mínimo de carácter social era tachado de comunismo. Toda institución del Estado estaba infestada de fascismo, lo que se veía reflejado en pueblos y ciudades. Por lo que pudimos saber, las escuelas ahora estaban regidas por la mano de la Iglesia, y tanto los profesores como el conocimiento habían sido extirpados en favor de los valores nacional católicos.

A pesar de que ya teníamos experiencia guerrillera en Francia, la represión del estado español era mucho más intensa, teniendo que estar en todo momento alerta de no descuidar la posición. No nos quedó otra que adaptarnos a la vida nómada de la montaña. El frío del invierno y la nieve nos hacía quedarnos incomunicados durante semanas. Por suerte, tenía a Esteban, nuestra gran amistad ha hecho que muchos duros momentos fueran superados.

El ajedrez seguía formando protagonismo en mi vida, aún con el viejo tablero que nos regaló esa estupenda anciana en el campo de refugiados francés, seguía jugando con Esteban a diario. Había resultado tener una gran capacidad, y desde el verano de 1939 en el que nos conocimos, nunca le había importado perder; sino que presentaba una actitud positiva para seguir evolucionando y creciendo en el tablero.

Por otro lado, mi fama como promesa del ajedrez español a mediados de los años treinta, me había seguido hasta las montañas. Fueron muchos guerrilleros los que se me juntaban interesados por mi pasado, incluso decían saber jugar al ajedrez para tener la ocasión de perder contra mí. Mas ese interés, no tanto se veía impulsado por mi pasado ajedrecístico, sino por mi estancia en la URSS. Siempre tuve ese peso bajo los hombros durante todos mis años en la retaguardia y guerrilla. Mis esfuerzos por hacer entender que, a pesar de ser un firme defensor de la lucha obrera, no compartía los ideales comunistas tras mi experiencia en el país soviético; unas veces eran en vano, y otras veces me granjearon la enemistad de muchos camaradas comunistas que, muy a mi pesar, tenían gran peso dentro de la guerrilla.

Y es que, tras la fallida invasión del Valle de Arán, el Partido Comunista se había hecho con el control completo de la misma, de modo que la URSS era el único país que nos proporcionó apoyo logístico en forma de armas y munición. El PCE, por tanto, se esforzaba por jerarquizar y crear un órgano de control y organización de toda la lucha guerrillera del territorio español. A pesar de que, como contingente humano siempre estuvimos compuestos por algún camarada de otras ideologías: anarquistas y socialistas. Esta posición anticomunista me granjearía inimaginables consecuencias, como ya contaré más adelante.

Pero no solo tenía a Esteban a mi lado, durante estos años guerrilleros he conocido a cantidad de hombres honorables y hecho muy buenos amigos. Entre ellos destacan Román y Andrés, comunistas que siempre defendieron las injusticias y criticaron los desvaríos de sus camaradas simpatizantes del PCE.

Si algo tenemos que destacar, en nuestra vida como defensores de la libertad y la democracia, es el papel de los enlaces. Esas personas de los pueblos que siempre con increíble generosidad nos prestaron ayuda, arriesgando sus vidas incluso más que nosotros, son los que realmente han hecho posible la guerrilla antifranquista: proporcionándonos comida, ropa de abrigo, escondite, y sobre todo información.

En cuanto a nuestras acciones guerrilleras en estos escasos tres años como guerrilleros en España, siempre han ido orientadas al sabotaje del gobierno franquista, lucha contra la guardia civil y lucha por subsistir en la montaña: cortes de carreteras, cortes en la electricidad y comunicaciones, golpes en cuarteles de la guardia civil, secuestros, reparto de propaganda...

Recuerdo la primera vez que Esteban y yo nos adentramos en un pueblo con motivos milicianos desde nuestra entrada en España. Nuestra misión, además de recoger provisiones, era conseguir información, investigar acerca de un importante comando de la Guardia Civil que acababa de llegar a Tragacete, pueblo situado en la serranía de Cuenca. Sería ahí donde se produciría una reunión con uno de los más allegados colaboradores del mismísimo Franco. En esta reunión, como después descubriríamos, se iba a tratar la eliminación de la simbología fascista de ayuntamientos e Iglesias de la región, como había ido pasando en el resto de España a partir de la derrota nazi (Franco tiene una gran capacidad de adaptarse al contexto global que se le presenta). Nuestro objetivo consistía en interrumpir dicha reunión, cortar las comunicaciones para que no pudieran tener contacto con la capital, y entonces atacar.

La información que teníamos había sido obtenida gracias a una enlace que conocía muy bien Esteban desde la infancia. La guerra les separó, pero el destino quiso volver a juntarles en este pueblo de Cuenca. Ella y su familia habían conseguido disfrazar su pasado e ideología, y gracias a una herencia, Lucía había conseguido estudiar la carrera de magisterio (la misma que en su día llegara a estudiar mi padre). Ahora ejercía como profesora de la sección Femenina en el colegio del pueblo ubicado enfrente de la Iglesia.

Conocía a varias madres cuyos maridos trabajaban en la administración o en los cuarteles, por lo que nos fue de gran ayuda. A pesar de su posición y su trabajo, estaba firmemente en contra de las ideas del régimen y de la Iglesia; pero también sabía que tenía que sobrevivir. No estaba casada ni tenía hijos, lo que a veces levantaba sospechas en el resto de profesoras, que muchas veces murmuraban a su espalda.

Concretamos la cita cuando acabara la jornada escolar. Aunque ella impartía clase a las mujeres adultas, nos aconsejó que el mejor momento para contactar era una vez la escuela se hubiera quedado vacía, al término del horario de educación primaria.

Media hora antes de la establecida, Esteban y yo nos encontrábamos en la parte trasera del colegio, por la parte de fuera. Oímos primero un timbre, y luego los niños, al unísono, empezaron a rezar una oración religiosa que yo no conocía. A continuación cantaron un himno que sí conocía, decía así: *Nadie en el tercio sabía, quién era aquel legionario...* Después de entonar el himno nacional los niños comenzaron a salir. Nosotros esperamos prudencialmente

hasta el momento en el que creíamos que la mayoría del pueblo se hallaba comiendo en sus casas.

Nuestras primeras palabras en persona con Lucía fueron frías, quizá por la impresión que causamos en ella al ver a dos hombres desaseados y con una poblada barba. Sin embargo, rápidamente afloraron los sentimientos que sentían tanto ella como Esteban. Entendí que su relación no era solamente de amistad cordial cuando este me pidió que les dejara unos minutos a solas.

A pesar de este bello reencuentro la información que Lucía nos ofreció no era del todo alentadora. Desconocía cuál era el sitio exacto donde iba a tener lugar la reunión. En efecto, había escuchado a una compañera, hermana del alcalde y cacique de Tragacete, la hora exacta de la misma, pero no sabía si se iba a dar en el ayuntamiento o en el cuartel de la guardia civil. Por lo que nosotros, agradeciendo inmensamente a Lucía su preciada información, tuvimos que volver al lugar donde habíamos montado el “campamento” la noche anterior, para comentar con el resto del grupo las nuevas noticias.

Finalmente decidimos cortar las comunicaciones del pueblo con el exterior, pero no actuar militarmente; a sumo lo tirar unas cuantas octavillas de nuestro periódico *Uníos*, y utilizar, como solíamos hacer, petardos que asemejándolos a bombas, sembraran el terror en todo el pueblo.

La operación resultó ser un éxito, consiguiendo cortar el cableado del pueblo y tirar dos torres de electricidad, dejando a la comarca incomunicada durante semanas. Por su parte, nos llegaría información semanas más tarde (ya que inmediatamente después de la actuación nos alejamos de Tragacete) de que en los días siguientes hicimos que se desplegaran media docena de patrullas de la guardia civil por el monte, seguramente pensaron que en vez de seis, formábamos un grupo de medio centenar de guerrilleros.

No obstante, a principios de diciembre de 1947 nuestras vidas quedarían condenadas de la forma más lamentable posible.

Este año observamos que Franco se había tomado más en serio que nunca la lucha anti-maqui. A pesar de que, mediante propaganda afín y sus instrumentos mediáticos de represión (NO-DO, prensa y radio), mantenía a la población totalmente engañada acerca de la guerra en las montañas: no éramos más que una pequeña entrada de bandoleros, comunistas y terroristas que querían romper la paz que el caudillo había traído a España. Cada vez eran más los efectivos que el gobierno enviaba al monte, de forma que cada vez teníamos que tomar más precauciones para no terminar acorralados (aunque al fin y al cabo, después de tantos años en Francia y en España nos movíamos por el monte como pez en el agua).

A raíz de ello, el Partido Comunista segregaba nerviosismo por todos sus poros. Las pautas que nos llegaban cada vez eran más contradictorias, incluso había quien decía que estaban pensando en dismantelar la lucha guerrillera ante la cada vez más acuciante falta de armas y munición.

Si finalmente ha sido así, espero que su crueldad no haya llegado hasta el punto de matar a las camaradas que, tras tantos años, ya no conocen otra vida lejos de la guerrilla y se nieguen a abandonarla.

En definitiva, la situación que estábamos viviendo era la más tensa desde posiblemente aquellos últimos patéticos meses de Guerra Civil, que representaron una lucha a muerte entre las distintas ideologías de izquierda.

De manera que los cabecillas de los distintos grupos, en nuestro caso el despótico Ferrán (“Templanza” de nombre guerrillero), repudiaban más que nunca a los que rechazábamos y cuestionábamos al PC e imperaban que nos afiliásemos al partido y siguiéramos al pie de la letra sus mandatos.

Esas tensiones culminaron para nosotros la noche del 3 de diciembre de 1947.

Las nevadas se estaban dando prematuramente, ya desde noviembre. Esta condición climática es la más adversa para la vida de un guerrillero, obligándonos a quedarnos aislados durante largo tiempo hasta que la nieve se derrita, ya que las pisadas pueden delatar nuestros movimientos a la guardia civil.

Llevábamos dos días soportando el frío y el hambre (por lo menos la nieve nos proporcionaba agua) en una pequeña cueva próxima al nacimiento del río Cuervo, cuando regresó el joven “Anhelo” (ese era su nombre guerrillero) casi congelado. Lo habíamos enviado como avanzadilla para observar el terreno en busca de algún atisbo de guardias civiles, para, a pesar de la nieve, intentar movilizarse ya que el hambre empezaba a presentarse insoportable.

Nada más llegar, tales eran las circunstancias dentro de nuestro grupo, que antes incluso de ir a calentarse a la hoguera, se apartó con “Templanza” para describirle la situación a solas, sin que los demás (principalmente Esteban y yo, los más enemistados con él) tuviéramos la oportunidad de tomar parte de la decisión posterior.

Tras unos minutos de incertidumbre volvieron al calor del fuego que habíamos hecho con cerillas y musgo, para transmitirnos la situación. “Templanza” tomó la palabra de forma más pacífica de lo habitual:

- Ante las buenas noticias que nos trae nuestro joven amigo, puede que tengamos la oportunidad de bajar al pueblo más cercano a por provisiones, nuestro enlace allí ha resultado ser de gran ayuda las últimas veces -dijo sin alzar la mirada de las brasas.
- Yo pido permiso para descansar, camaradas -intervino “Anhelo”.
- Había pensado en la parejita, “Peón” y “Alfil” -añadió de forma despreocupada, refiriéndose a nosotros.
- Siempre dispuestos a aportar al grupo, “Templanza” -comentó Esteban tras unos segundos de incómodo silencio.

De esta manera, y sin saberlo, emprendimos nuestro camino hacia la boca del lobo. Román, experimentado y competente guerrillero, se nos unió de última hora, mientras vi en la mirada de “Templanza” un deje de desconcierto. Aunque siempre me lo ha negado, yo sé que se temía algo, y su sentido del honor le impidió abandonarnos a nuestra suerte.

La realidad era que la guardia civil tenía preparada una gran emboscada, había desplegado un centenar de ellos en el pueblo, sabían de nuestro paradero aproximado y de nuestras difíciles condiciones. Nuestros compañeros, por su parte, nos habían vendido y traicionado, pudiendo huir e intentar salvar el pellejo. Nunca supimos más de ellos.

En ese momento, todos estos años de guerra pasaron ante mis ojos en un instante. Si algo tuvimos claro desde un principio es que estábamos dispuestos a dar nuestra vida por la causa. Ahora todo había acabado.

Esteban y yo nos miramos. Pronto comprenderíamos la dureza de nuestro castigo: la cárcel.

Adolfo Martín Cadarso, 24 de febrero de 1948, Cárcel de Torrijos.

Un peón cae, la partida no ha terminado.

La oscura noche llega a su fin una vez más. El Cara al Sol entonado por los presos no condenados a muerte resuena en el patio. “Hoy es el día”, pienso. Desde que acabé mi relato, hace no más de una semana, no he hecho más que pensar en cómo esconderlo, al igual que las piezas de ajedrez. Si descubren estas, mil últimas posesiones, en manos de algún compañero, les supondría un tiro en la nuca.

Miro a Román y admiro su capacidad para conciliar el sueño en cualquier situación, como ya pasaba en el monte. No es de las personas que pierden la sangre fría ante en los momentos complicados.

Solamente lo vi fuera de sus cabales, el mismo día que llegamos a prisión. Fue torturado por Celso Galván Abascal, importante miembro de la Brigada; mientras le obligaba a pedir perdón por sus pecados, e intentaba sonsacarle información sobre la guerrilla. Él, como era de esperar, resistió. Sin embargo las torturas no nos ha impedido llevar a cabo motines dentro de la prisión. Cada paliza recibida rompía huesos, corazones y esperanzas. Hemos recibido escupitajos, nos han orinado encima... Pero hoy tengo la sensación de que todo esto llega a su fin.

El régimen, con la partida ganada, piensa que hay que eliminar la hojarasca del tablero. Tras su victoria esta idea ha sido la que ha llevado a la muerte a tantos camaradas, la misma muerte que ahora se me presenta. Ciertamente ha sabido reprimirlos: la sociedad española con medio millón de exiliados, y otros tantos de muertos, ha dado por vencida la partida. Solo quedando unos cuantos peones en las montañas. En este momento, caigo en la cuenta de que nuestra lucha está perdida. Sin embargo, esos hombres que siguen resistiendo en las montañas, a pesar de sus contradicciones, son los que permiten que nuestro honor no se pierda; y que el pueblo español nunca deje de luchar por la democracia que le arrebataron.

El nudo en el estómago crece por momentos. Es fascinante ser consciente de lo que tus sentimientos provocan en tu cuerpo. Recuerdo los nervios antes de un gran torneo, siempre al borde del desmayo antes de empezar la partida, que van desapareciendo movimiento a movimiento hasta la euforia y excitación del jaque mate. Pero esta vez es diferente. Siento el latido de mi corazón muy débil y tengo los oídos totalmente taponados. Una emoción no deseada recorre mis huesos e inunda mis ojos.

Román lleva ya un rato despierto y se encuentra sumido en mí mismo letargo.

En el momento que la puerta de la celda fue abierta, casi se me sale el corazón por la boca. Román se levantó de un salto con intenciones de defenderse con uñas y dientes y ninguna esperanza. Sin embargo, la persona que entró fue uno de los curas de oficio de la prisión, que tantas penurias nos había hecho pasar. Quería nuestra confesión más sincera. Quizá fuera esa sonrisa dibujada en la boca del cura lo que hizo que Román lo insultara y escupiera todo su odio hacia él:

- Si no queréis confesaros, adelante, no me importa. Sé de sobra que el Señor no perdona a escoria roja como vosotros, asesinos. Coged vuestro último aliento, pues la ejecución es a las 12.

Román golpeo la puerta al cerrarse de nuevo; yo permanecí en silencio.

Seguí el consejo del cura. Primero pensé en mi familia, que me había sido arrebatada. Sentí un calor dentro de mí al ver nítidamente la cara de Jolie en mi mente, junto a la mía. Soy capaz de ver a los hijos que nunca tuve. Veo a Juan volviendo a España, con su familia, dentro de muchos años, reencontrándonos en nuestros orígenes asturianos. Veo a Estaban superando al maestro en el arte del ajedrez tras muchos años de práctica y disfrute. El llanto era ya incontrolable en el momento que Román y yo nos abrazamos....

Salimos de la mano de cuatro guardias de nuestra celda. El estruendo afuera era ensordecedor; los presos gritaban y golpeaban los barrotes con zapatos y cucharas, volaban los papeles y las prendas de ropa. Por mucho que intentaron los guardias acallar el griterío fue imposible. Entre todo el ruido conseguí oír nítidamente la voz de Esteban: “La cabeza alta Adolfo; y el jaque, siempre maqui.”

Una vez en el patio, los guardias nos colocaron en fila de a 1 al grupo que conformábamos los condenados, aproximadamente una docena. El mismo juez que nos condenó leyó la sentencia ante el silencio sepulcral.

-¡Viva la República! -exclamó Román.

- Jaque mate -pensé yo.

FIN